

VÉRTIGOS ARGUMENTALES, PASIONES Y AUDACIAS

Carlos Pereda

Hacia el final de su magnífica discusión de mi libro *Vértigos argumentales*, Carlos Thiebaut indica:

La virtud epistémica del rigor necesita, muchas veces, cometer apasionadas audacias vertiginosas. Los vértigos no son siempre evitables, sino que son a veces, al menos en algún momento, en algún ciclo, deseables. ¿No es vertiginosa toda gran creación –el final de la Séptima Sinfonía, la deducción trascendental de las categorías– y toda creación a secas: la de un deseo, escribir el libro mismo que comentamos? ¿Cómo se relaciona el uso menor de la razón enfática con la pretensión de absoluto, al menos de absoluto intramundano, de cualquier pasión, que quiere alcanzar, poseer o destruir, anular, anularse? La pasión no sólo lastra la razón y la configura como menor; también la desboca, a veces para bien y a veces para mal. Pero siempre la desboca *como* razón, no como antítesis o como su complemento. Si así es, no habría argumentar virtuoso frente a argumentar vertiginoso; tal vez sólo ejercicio de virtudes en los vértigos, aceleración a veces necesaria del uso equilibrado de las virtudes por los vértigos.

La Balsa de la Medusa, 35, 1995.

Cuestiones de palabras casi nunca lo son; sin embargo, comenzaré discutiendo este pasaje de Thiebaut como si se tratara, ante todo, de una cuestión de palabras. En este sentido, propongo distinguir con minucia entre:

- a) argumentación vertiginosa,
- b) argumentación apasionada, y
- c) argumentación audaz.

Según la política conceptual que busco defender a), b) y c) son lógicamente independientes. Esto es, una argumentación vertiginosa puede ser una argumentación apasionada o audaz, pero también puede no serlo. Por ejemplo, la argumentación vertiginosa generada por el desdén o por la indiferencia o por un cálculo fríamente articulado no tienen por qué ser algún ejemplo de argumentaciones apasionadas o audaces. Y una argumentación apasionada o audaz no tiene por qué ser parcial hasta el vértigo: hay pasiones adecuadas, hay audacias con justeza. A partir de este uso de las palabras «vértigo», «vertiginoso», por un lado, y «pasión» y «audacia», por el otro, se podrá concluir: hay pasiones justas, hay audacias justas, pero en ningún caso hay argumentaciones vertiginosas justas.

Sin embargo, quien tenga presente las observaciones de Thiebaut se podrá todavía preguntar: ¿en ningún caso puede haber vértigos de valor, argumentaciones vertiginosas que, aunque «desajustadas» por «desbocadas», sean, no obstante, en algún sentido, valiosas? Frente a esta tenaz inquietud estamos, por lo menos, ante dos casos diferentes.

En primer lugar, tenemos aquellas argumentaciones vertiginosas que, desde argumentaciones no vertiginosas, podrán recogerse como datos que contienen, junto a fetiches, materiales, incluso materiales que es decisivo rescatar; pero ello puede decirse de cualquier error y hasta de cualquier fetiche, lo que no les quita su carácter de error o de fetiche (aunque se trate de errores o de fetiches utilísimos y hasta indudablemente «geniales», como la Teoría de las Ideas de Platón, la interioridad inventada por el dualismo cartesiano o las célebres oposiciones kantianas generadas en torno a lo analítico y lo sintético, lo *a priori* y lo *a posteriori*, lo necesario y lo contingente).

En segundo lugar, un discurso que no tenga que ver directamente con la verdad o con el bien «naturalizados» podría tal vez ser, a la vez, vertiginoso y valioso; pienso, por ejemplo, en el vértigo simplificador que origina todo platonismo: vivimos en un mundo abigarrado, lleno de ambigüedades y complicaciones, un mundo constantemente atravesado por oscuras perplejidades y turbios conflictos entre particulares, en *este* mundo, que es *nuestro* mundo, con

Carlos Pereda (Montevideo), investigador en el Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM (México). Ha publicado *Debates* (FCE, 1986), *Conversar es humano* (FCE, 1989), *Razón e incertidumbre* (Siglo XXI, 1994) y *Vértigos argumentales* (Anthropos, 1994).

frecuencia deseamos la existencia de otro mundo, más simple, más puro. Este deseo no pocas veces nos empuja a un vértigo simplificador, y de su mano, a un vértigo de lo sublime que, a su vez, ha originado religiones y deslumbrantes poemas y pinturas y sinfonías. Por supuesto, no quiero quitarle valor a ninguna de esas creaciones, pero, ¿qué hacer? Por lo menos, en las creaciones del arte no nos encontramos con nada que tenga que ver *directamente* con la verdad de nuestros saberes o con el bien de nuestras prácticas, más bien, nos enfrentamos a creaciones que sólo indirectamente, y con una peculiaridad que está todavía por investigarse, iluminan los saberes y prácticas de nuestras vidas.

En cualquier caso, quien acepte la política conceptual y el correspondiente vocabulario defendido en *Vértigos argumentales* podrá, sin duda, saludar el final de la Séptima Sinfonía, o a toda ella, indicando que estamos ante un vértigo apasionado y audaz, pero no ante un «vértigo argumental», puesto que no se trata para nada de una argumentación. En cambio, quien afirme que la deducción trascendental de las categorías se origina en un vértigo argumental, no la está saludando, sino condenando en tanto argumento radicalmente parcial y, por ello, defectuoso.

Quedaría todavía por explorar la última sugerencia de Thiebaut: considerar la argumentación vertiginosa como un fenómeno argumental normativamente neutral, capaz de ser guiado por virtudes o vicios. Me gustaría poder desechar esta sugerencia simplemente diciendo: a tal fenómeno —por economía, por claridad— llamémoslo mejor «argumentación radical» o «argumentación radicalmente audaz», y reservemos la expresión «argumentación vertiginosa» para aquellas argumentaciones que, por radicalmente parciales, son necesariamente viciosas.